

les, y por consecuencia la palabra humana articulada.

Al hablar delante de la trompetilla acústica del transmisor telefónico se producen vibraciones en la placa que alteran el campo magnético en la misma proporción y producen corrientes ondulatorias cuya intensidad es mayor que las del primitivo origen por el auxilio del micrófono.

Estas corrientes llegan a la estación que escucha y modificando exactamente la placa de los teléfonos receptores originan vibraciones que el aire que la circunda viene a nuestros oídos en la proporción que a cada letra corresponde; con ellas forma las sílabas; después las palabras y por último nos deja percibir claramente la conversación a una distancia de centenares de kilómetros.

La vibración de la corriente eléctrica produce torrentes de luz que ilumina el mundo; la vibración del sonido nos ha hecho conocer melodías tan hermosas como las de Beethoven; composiciones tan bellas como las de Wagner; la vibración en las células de nuestro corobro produce el pensamiento y con él los grandes inventos; y por último, la vibración tan pequeña, tan insignificante y tan rufn, al abrigo de sus apropiados medios, ha producido y producirá lo que nadie creyera de una vibración.

M. de Masotti.



Toros

CUARTA DE LA TEMPORADA

Cuando ayer entramos en la plaza vimos que un público numerosísimo ocupaba la mayoría de las localidades del circo taurino.

Había si algunos claros efecto de los aficionados que se habían trasladado a Bilbao, pero el aspecto de la plaza no dejó por eso de ser menos hermoso que en las dos corridas últimas.

Entre el público reinaba gran entusiasmo por conocer el trabajo del Algabeño, y por esto era extraordinaria la impaciencia que dominaba en todos los espectadores por el pronto comienzo de la fiesta.

Y mientras los chicos de la prensa anotaban esto en sus tarjetas D. Sabino, fiel, hizo *tilín* y otros el acorde del clarín. Y las dos cuadrillas avanzaron y palmadas miles cosecharon. Y una francesita muy gentil les echó de besos más de un mil.

Y cumplidos los detalles de ordenanza se abrió el cancel para dar suelta al primero de Gómez bautizado con el nombre de

Palillero

Era retinto, bien armado. Varios capotazos que los chicos le proporcionaron a cambio de la dispersión de la plaza de los mismos, fué la suerte, si así puede llamarse, que primero saludó al del Colmenar. Blando se mostró el morucho al ser citado a la suerte

que a muchos causa la muerte cuando el piquero no es ducho. Pues el borrego muy diestro dirigiéndose a un piquero declaró que a *Palillero* no le picaba un maestro.

Pero así y todo arremetió contra Inglés y el Carriles, que pusieron una buena cada uno a cambio de los indispensables porrazos.

Y extendió el gran Bombita su sobretodo saludando al borrego de muy buen modo, para obtener del pueblo gran ovación, que fué la primera de la sesión.

Palillero tomó tres varas a duras penas, después de causar la desesperación de los piqueros.

Y cuando el clarín cambió la suerte el bicho, dijo para sus adentros: *Palillero* soy, preciso que por lo tanto los *venes* me claven buenos palillos. Y Moyano teniendo en cuenta esta advertencia que vió señalada en el cerebro del morucho, gracias a los rayos de... esos que tanto han dado que hablar y nada que pensar, clavó un par superiorísimo.

El bicho cambió al punto de opinión y pidió en vez de palos algodón, que usa en estos casos el lesionado a quien las costillas han calentado.

Moyano repitió con otro par bueno, y Ostioncito clavó dos medios.

Y el bueno de D. Emilio brindó al señor presidente, relatóndole un idilio que aplaudió toda la gente. Y después se fué derecho a donde el toro corría y le dió con valentía pases redondos, de pecho, para luego el guapo chico dale un pase natural y luego, bastante mal, uno de los de abanico. Cuadra al toro, está muy bien, se tira con gran coraje, se mancha de sangre el traje y sus dos manos también, y cuando el público vió que la estocada era honda se puso a cantar *Ciencorta* mientras el bicho murió.

Y mientras los espectadores batían palmas sonó el clarín y surgió el segundo de los de Gómez, bautizado con el nombre de

Pelón

Retinto, bonita estampa y muchos piés. Desde el toril, y previos varios recortes que los chicos hacen, se dispara como una bala Mátser para saltar por el tendido 4 y proporcionar un susto más que mayúsculo a los que en el foso se encontraban. El Inglés y Carriles mojaron para poner cuatro varas y Medina dos, todas ellas medianas.

Llaman esta suerte de los caballeros y llamar debieran

de picapedreros. Pues ya es convenido que los do montar suelen hacer todo menos picar.

Luego Bombita y el Algabeño intentan en competencia arrancar al bicho la moña, no consiguiéndolo.

Almendro y Malaver le parearon muy medianamente, dejando cinco palos en el morrillo.

Cogo los trastos el Algabeño y después de brindar a la presidencia en lenguaje gitano puro, del que ni el presidente ni el pueblo soberano comprendió una *xlaba*, se fué al toro algún tanto descompuesto para pasarle muy medianamente y demostrar que desconoce por completo las reglas del arte.

Se tira a matar perfilándose bien, y deja media media estocada caída y atravesada, y que es saludada por los pitos de los espectadores.

Vuelve a tirarse para propinar a *Pelón* una estocada muy ladeada que tumba a la res, pasando a rematarlo el puntillero que acertó a la tercera.

Palmas y pitos. Se arrastró un penoco. El tercero se llamaba

Retinto

Del mismo pelo que los anteriores, fina cornamenta, pero estrecha.

Bombita le saludó con varios recortes y dos verónicas que fueron aplaudidas.

Entró el bicho a los caballos y recibió cinco puñazos de los de tanda.

El Medina, al sufrir una caída de las de campana que fué espantosa, sufrió una fuerte conmoción, por lo que le fué preciso retirarle a la enfermería.

Cambiada la suerte, Moyano pone un par, siendo perseguido por el Maceo saltando con él la trocha y volteándolo, siendo rechazado de la línea por un carvecero que demostró su serenidad y valentía.

Ostioncito y Pulguita colocaron dos pares más medianamente puestos.

Y el Bomba cogió los trastos para pasar al bicho con mucho lucimiento y dejar media bien puesta en alto y una estocada soberbia hasta la taza, que tumbó a la res que remató el puntillero.

Ligero

Y en verdad que lo era el toro que se corrió en cuarto lugar.

Y a más de ligero, de gran cabeza, de mucho poder, tanto que al arremeter contra los piqueros, desmontó a todos ellos con grandes caídas.

En una de ellas Carriles cayó al descubier-to, llevándose al bicho, con un quite oportuno, el valiente Bombita.

Cigarrón se fué a los medios desafiando a la res y puso tres varas de castigo, de las que hoy en día caen muy pocas en libra, demostrando de su brazo, la pujanza, de su empuje, lo cortero...

Mojó nuevamente con gran acierto y Cigarrón fué objeto de una ovación tan ruidosa como merecida, hasta que se llamó andana el bicho como el que no quiere más hierro en cápsulas.

Zayas y el Sevillano le pusieron tres pares medianos, para pasar luego a manos del chico de la Algaba, que después de una faena nada más que regular se tiró a matar, dejando un pinchazo en hueso y una media estocada de la que cayó el bicho.

Gaitero

Así se llamaba el quinto de la tarde. Era rotinto, albardao, y salió del chiquero correteando y pidiendo juerga.

Y los piqueros, contra su voluntad, tuvieron que concedérsela por cuanto se presentaba arrogante y fiero.

Con gran codicia metió la cabeza en el penoco que montaba el Inglés, destrozándole por completo y hacer de él un artefacto de cuerdas de guitarra.

Gaitero se recreó investigando el interior del jaco, haciendo caso omiso de los rayos Roentgen.

Porque lo que diría el *Gaitero* ¿quién es el guapo que se me viene a mí con gaitas?

Y arremetió de nuevo contra los de aupa haciendo del ruedo un herradero por cuanto todas las plazas montadas del hemiciclo quedaron fuera de combate en menos de un minuto.

¡Tanto se encarió con los solspedos! Entre Ostioncito y Moyano le regalan tres lotes muy notables, según luego me dijeron.

Y Bombita se armó de estoque y muleta brindando al bicho a la gran trágica Sarah Bernhardt, que ocupaba con otros el palco número 21 de la plaza.

Y Bombita animoso de concertar la tan anhelada alianza, en un santiamén pasó al toro notablemente en medio de grandes aplausos.

Al tirarse a matar encontró todas las veces parado al bicho, por lo que empleó en la suerte suprema tres pinchazos, dos medias y una hasta la hola que tumbó a la res y fué muy aplaudido.

Sarah, entusiasmada, echó a Bombita un precioso pañuelo de encajes con un afiligr que tiene una hermosa esmeralda caída de brillantes.

¡Olé el rumbo! Cerró plaza

Mochuelo

Del mismo pelo que los anteriores.

Como *Gaitero* entró con codicia al hierro, aguantando hasta siete varas muy buenas, algunas de ellas del Cigarrón.

Y a cambio de mil porrazos que sufrieron los piqueros el morucho despachó tres raquíticos jamelgos, no sin que antes en la plaza armara tan gran jaleo, que aquello más bien que circo era infernal herradero.

Lo que aprovecha Bombita para en materia de quites hacer uno muy valiente coleando.

Y cuando esto hacía ví con no poca sorpresa que

cuatro caballeros iban tras el toro... más sonó el clarín salvándose todos...

de más tumbos, porque seguramente que los habría habido.

Y Bombita jugó con el toro a lo Guerra, haciendo mil monadas que fueron aplaudidas extraordinariamente.

Y el Algabeño dando muestras de una valentía temeraria, arrojándose ante el bicho dándole la espalda a cortísima distancia.

El público guardó silencio para romper luego en aplausos estrepitosos, no sin antes proporcionarnos un susto mayúsculo.

Jugaron más con *Mochuelo* y el público aplaudió cada vez con más estruendo.

Y aquel estrépito cesó cuando el presidente extendió el pañuelito.

Y los timbales con gran maestría tocaron valientes la gran sinfonía mientras el chico garboso se armó; y en medio del ruído con sal se plantó el rey de la Algaba llamado García.

Que se dirigió al bicho para proporcionarle algunos pases altos muy bien hechos, otros en redondo y de pecho muy malos, para por último largarle dos pinchazos y trumbarle de una entera un poco caída.

Y el público demostró al muchacho de la Algaba que en la corrida de ayer ganar se supo con gracia mil simpatías que guarda el público guipuzcoano a los toreros valientes que no temen a los *gansos*.

Resumen

La corrida ha resultado, como a beneficio de la Sarah Bernhardt, una tragedia, llena de espeluznantes incidentes.

Las víctimas, doce jacos expiatorios llevados al *spoliarium*.

El ganado de Félix Gómez desigualito; no parecían los bureles hermanos entre sí más que por el pelo.

El quinto y sexto superiores, de gran coraje, codiciosos y recargando en las suertes.

El último bicho se dormía con el asta entre las palpitantes carnes de sus víctimas, como gozándose en su agonía.

Por esto un señor muy feo, Le gritó muy enfadado Al bravo toro—¡Maceo!

La tarde, digamos la jornada, en puridad fué de los de aupa, que picaron con valentía y apretando el palo, cayendo desde el quinto cielo y poniendo mucha voluntad.

Cigarrón y Carriles especialmente se ganaron la del mérito correspondiente.

Bomba y Algabeño, según presumió la Sarah Bernhardt, estuvieron hechos dos personajes de Dumas con música de Bizet.

Sobre todo el de la Algaba.

Niño, ni eso es torear, ni eso es arte; eso es un delirio suicida que espanta al público.

Colgarse de los cuernos, mecerse en la cuna del toro, arrojarse de espaldas y en su cara, tumbarse a su vera y otra porción de heroicidades que prueban la gafeza y el corazonazo del muchacho, y producen emoción intensa y de espanto en el público y luego un delirio de palmas que embriagan a cualquier joven matador.

¡Algabeño, no hay que dejarse subir el humo más arriba de la coleta!

Tiene el muchacho planta, arrojo, serenidad, fáltale aplomo y arte; eso sólo se adquiere trabajando.

¡Fíjese en el Bombita que va subiendo extraordinariamente, aunque también le quedan los resabios.

Allí hay ya mano izquierda, aplomo, los piés se clavan al suelo y los brazos manejan la soltura el trapo; estudia a la res que tiene ante y va destacando su manera de torear, que será con algún tiempo de la mejor escuela, porque el chico se da muy buena maña.

Con los palos estuvieron desdichaditos los chicos, salvo el Moyano que puso dos ó tres pares de gran mérito.

A buen Almedro le hemos encontrado bien cambiado; le conocimos florido, pero no ha curado el fruto. Hasta con la puntilla estuvo desdichado.

La dirección de plaza cosa perdida.

y desparramados por sus contornos, vivaqueaban algunos batallones.

En la plaza de la iglesia, desde la cual se dominaba todo el valle, había un escuadrón de caballería.

Los jinetes estaban desmontados, pero al lado de sus caballos y prontos a la primera señal.

Vefase en uno de los balcones de la casa parroquial al brigadier jefe de la columna.

Los oficiales, sentados en sillas y bancos en torno a la rectoría, pasaban el tiempo, quiénes conversando, quiénes fumando silenciosamente, aunque sin dejar de dirigir miradas inquietas a los montes y al camino que atravesaba toda la extensión del valle y se perdía en un repliegue a poca distancia.

El valle, como hemos dicho, era hondo, es decir, estaba rodeado de montañas por todos lados, exceptuando por el del Este, donde había una abertura solo cerrada por un bosque.

Era conocido este sitio en el país con el nombre de la Hoya, nombre que indica claramente cuán lejos estaba de ser una posición estratégica.

Harto lo comprendía el brigadier, militar experimentado y valiente; pero las instrucciones recibidas del general, fruto de un plan de ataque ideado para acabar con Zumalacárregui en un solo

combate, le obligaban a aguardar en aquel sitio la señal de moverse.

La batalla estaba ya empeñada desde el mediodía a menos de una hora de distancia, y desde las alturas se oía perfectamente el estruendo de la fusilería.

Se trataba de forzar el paso de un puente sobre el Ega que defendía Zumalacárregui, para caer ya del otro lado, y en posiciones ventajosas, sobre todas las fuerzas carlistas y aniquilarlas.

Pero la orden de coadyuvar a la operación no venía y esta tardanza inquietaba al brigadier, pues de ello debía inferirse que la operación de pasar el puente ofrecía serias dificultades.

Mientras tuviese libres sus comunicaciones con el general no había peligro ninguno; pero Zumalacárregui no era jefe para desperdiciar una ventaja, y rechazado el ataque, era más que probable que tomase la ofensiva y se interpusiese entre las dos divisiones del ejército cristino, poniendo a la que estaba en la Hoya en gravísimo aprieto.

Tal era la situación de las cosas.

Sonaron las dos de la tarde en el reloj de la iglesia: los días de Diciembre son cortos, sobre todo en aquellos sitios, y la orden de moverse no llegaba.

El caudillo no cesaba de inspeccionar el valle, los montes circunvecinos y el bosque con su antejo de campaña, y a pesar de su sangre fría, proverbial

en el ejército, una interjección militar y enérgica se escapaba de cuando en cuando de sus labios.

Luis acababa de apearse, después de acompañar a un ayudante del brigadier hasta cerca de los lugares en que estaba empeñada la acción, y apartado del corro de los oficiales, hablaba en voz baja con nuestro amigo Pericón.

Después de la última aventura, éste se empeñó en seguir a todas partes a su amo, y como Alvarado sabía que con ello daba gusto a su madre, consentía en que le acompañase, no privándose de los servicios del leal y valiente asturiano más que en los actos rigurosamente militares.

—Dígame V., señor—preguntaba Pericón—¿conque ye tan gordu el fregadu que hay por ahí arriba? Por supuesto los nuestros ganarán.

—No sé qué te diga—contestó Luis.—La acción parecía muy empeñada, a lo que podía juzgarse desde el sitio en que estábamos. He visto dos veces a nuestras tropas, después de llegar con denuear hasta la cabeza del puente, volver las mochilas en desorden.

—Esu nun me gusta. Tantu va el cantaru a la fuente... ¡

—Que al fin se rompe. Y si se rompe nos vamos a ver aquí mal. Por eso deseaba que estuvieras lejos de estos lugares. ¿Para qué exponerte sin necesidad?

—Non si esqueza de min señor; que yo ya sabré guardar la pellea. Lu que siento es non poder acompañar a si aquí se arma la marimurena. Páome de que lus tengan en esti furacu, non lu entiendo; pero paesme que el lugar tien más traces de ratonera que de campo de batalla.

—Estas cartas han llegado para el señor teniente—dijo el cabo cartero sacándose y entregando algunas a Luis.

Este miró los sobres, Dos eran de su madre; la otra de su tío el P. Ramón Téllez, carta con tal impaciencia esperada, que se apresuró a romper el sobre y a devorar su contenido.

Decía así: Querido sobrino: Es de creer que el fiero trance en que acabas de verte, del cual saliste por milagro con vida, te servirá de saludable aviso y escarmiento.

»No voy a sermonarte, pues el caso es de por sí tan elocuente, que si él no labra en tu ánimo y no alcanza a moderar el ímpetu de tus pasiones, los consejos de tu pobre tío serán lo que llama la Escritura, viento vano.

»Dios te ha mirado y nos ha mirado a todos con ojos de piedad; pero guárdate, sobrino mío, de cansar su misericordia.

»Aunque tu madre no supo el riesgo